

# La isla del Gallo

Juan Carlos Orrego





# La isla del Gallo

Juan Carlos Orrego



LETRA X LETRA

Orrego, Juan Carlos

La isla del Gallo / Juan Carlos Orrego. -- Medellín : Fondo Editorial  
Universidad EAFIT, 2013. (Letra x letra)  
186 p. ; 21 cm.

1. Cuentos colombianos. I. Tít. II. Serie  
C863 cd 21 ed.  
O758

Universidad EAFIT-Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

La isla del Gallo

Primera edición: febrero de 2013

© Juan Carlos Orrego

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 48A #10 sur-107, Medellín

Tel. 261 95 23

<http://www.eafit.edu.co/fondo>

E-mail: [fonedit@eafit.edu.co](mailto:fonedit@eafit.edu.co)

Ilustración de carátula: Verónica Velásquez

*Editado en Medellín, Colombia*

## Contenido

Nota al lector .....	7
Noticias de Comala	
Viaje a la piedra.....	11
El libro de las tierras vírgenes.....	37
Junto al páramo.....	54
Costumbres de los helechos	
El empleo.....	65
Entrevista a Carlos Salvador Ramón .....	81
Maldición bíblica	
El fin del mundo.....	91
Cuento de Navidad en agosto.....	97
La isla del Gallo	
Hernando y Juan .....	115

Expedición al tejado .....	130
Procesión de prendimiento.....	136
Diario de la isla del Gallo .....	143

## Nota al lector

En algún momento pensé que este libro debía llamarse *Década*, y no porque quisiera rendir homenaje o infligir alguna burla al cronista español Antonio de Herrera y Tordesillas (por más que, en el confín de estas páginas, apunte el siglo XVI). Con ese título quería, sin más, etiquetar –y sin preferir ninguna de sus partes– una colección de cuentos forjada a lo largo de diez años de trabajo. Si al final elegí el rótulo de *La isla del Gallo*, ello fue porque me ganaron una imagen curiosa y un enigma americano que, pensé, también podían ser del gusto del lector. Si esta explicación no basta, aún puedo robar una frase de Jorge Luis Borges sobre “El Sur” y decir, asumiendo todos los riesgos, que el relato que da título a esta colección “es acaso mi mejor cuento”.

A la hora de describir estas páginas, la palabra “colección” no resulta tan exacta como “antología”. Eso sí, esta vez no se trata de una infatuada o efectista selección de relatos ya publicados en diversos libros de época –de los cuentos que aquí se presentan, solo “El empleo” había sido divulgado impreso (en *El Malpensante*, número 105 de febrero del 2010)–, sino de un doloroso y feroz allanamiento en el íntimo cajón de lo inédito. Los once relatos que hay detrás

de esta nota son lo que ha quedado después de renunciar a muchas hojas que hasta ayer creí con valor y que, en cierto sentido, no eran más que humo en torno a un puñado de objetos –o si se quiere sueños– definidos. Quizá, por eso, esta sea una “antología personal” en el mejor sentido del término.

He procurado que esta reunión de cuentos refleje las obsesiones más aplastantes de mis últimos diez años de oficio literario: viajes, aventuras urbanas, indígenas y algunos delirios librescos de compleja definición. Un amigo me dijo que me cuidara de hacer un solo libro donde quizá había, por lo menos, la simiente de dos o tres muy distintos. Ese escrúpulo tanto me asustó –toda objeción lo hace– como me tranquilizó: significaba, qué duda cabe, que este volumen lograba expresar la entraña versátil que yo sabía legítima. Que otros, como Horacio Quiroga, escriban libros magistrales sin salir de la misma atmósfera (y ello, las pocas veces en que las obsesiones temáticas equivalen a libros completos o exactos); por mi parte, he forjado un vitral con interrupciones cromáticas. Sin embargo, nada de eso ha sido hecho con deliberación ni dogmatismo: no soy un apóstol de la fe que pide a los cuentos del mismo volumen compartir unos mismos modos y contextos, como tampoco de la contraria devoción hacia la diversidad por la diversidad. El lector podrá comprobar que en *La isla del Gallo* tanto venzo como soy vencido por ambos sortilegios.

J. C. O.

# Noticias de Comala



## Viaje a la Piedra

*A Piedrahíta, trotamundos*

*...y llevaba sobre la cabeza una enorme piedra*

Albert Camus, *El exilio y el reino*

Don William paró el taxi y se volteó para decirme, con ese escepticismo jactancioso típico en los cincuentones que ya tienen un hijo graduado en la universidad, que lo más seguro era que ya había salido el bus para Guatapé.

—A la hora en punto salen, sin esperar a nadie.

—No, don William, yo creo que deben esperar por ahí cinco minutos.

—Me vas a decir a mí, que trabajé yendo a pueblos.

El tuteo significaba en él una expresión a la vez agresiva y satisfecha de superioridad; y como además había usado un tono más o menos perentorio para anunciar aquello de que había sido viajante de provincias, pensé que lo mejor era pagarle la carrera y bajarme cuanto antes del taxi, sin olvidar, por supuesto, la última precaución de no cerrar con demasiado ímpetu la portezuela.

—Oíste —dijo de pronto, mientras buscaba la devuelta entre un fajo amarillento de billetes viejos—, ¿a qué hora te dijeron que salía el bus?

—A las siete y media.

—Ah, no. Entonces no lo alcanzás —puntualizó, aunque un tanto dulcificado: quizás había sentido excesiva la advertencia iracunda que acababa de espetarme; sin embargo, apenas un segundo después debió arrepentirse por haber hecho semejante concesión, y entonces asumió, inquebrantable, un nuevo tono de ferocidad burlona:

—Ya no lo alcanza ni por el putas, mijo.

Bajé del taxi y me cuidé de cerrar la puerta con la dosis de delicadeza suficiente que evitara que me reclamara, hecho un energúmeno, por una supuesta dejadez de mi parte; pero, asimismo, di el golpe con una justa determinación que le dio a entender que no tenía por qué llamarme “mijo”, y que yo, como su hija psicóloga, había estado en la universidad y había ganado, si no el privilegio de trabajar en algo que me exonerara de la penosa rutina de una nomádica aplicación de encuestas, sí por lo menos el derecho de determinar, por mi propia cuenta y bajo mi propio riesgo, a qué hora llegaba a una terminal de buses.

Ya en el andén me despedí, pero, como lo imaginaba, el viejo apretó el acelerador sin dignarse insinuar el más mínimo saludo. Me tiré el morral contra la espalda y avancé por entre dos supermercados hacia el vientre fresco de la terminal, donde algunos maleteros anunciaban la salida de los buses como si los pasajeros estuvieran allí para decidir, en el último minuto, qué rumbo tomar.

Al frente de la cabina de los buses de Guatapé, en unas sillas tubulares polvorientas, estaban una mujer gorda con una verruga bajo el ojo izquierdo y un campesino de cutis

rojizo, que, más que sentado, parecía postrado en oración frente a una caja de cartón. La caja tenía los logotipos de la Sony, pero a juzgar por la tosca amarradura de un lazo de cabuya que la envolvía infinitas veces, debía contener todo tipo de ropas viejas o un completo surtido de abarrotes. Me arrimé al hombre y, en cumplimiento de un peregrino rito de verificación paranoica, le pregunté si esa era la taquilla de los buses de Guatapé.

—Sí hombre; vaya que todavía hay puestos —dijo con extraña solicitud; tanta, que por un momento pensé que iba a acompañarme hasta la ventanilla.

La secretaria de la flota era una mujer rubia —o solo a medias rubia: las raíces de su cabello exhibían una negrura que no se compadecía con el oro de sus puntas horquilladas—, y vestía un uniforme blanco con rayas rojas muy delgadas, cerrado en el cuello con una corbata minúscula y estilizada. Me miró con altanera somnolencia mientras recitaba con voz insoportable de recepcionista de centro médico:

—A la orden, señor; ¿puedo servirle en algo?

—Sí —dije, tratando de revivir los rescoldos de la suficiencia con que don William me había impregnado. —Necesito un tiquete para Guatapé en el carro de las siete y media.

La mujer entornó los ojos hacia un cuadro que, en el muro de su derecha, mostraba una piedra enorme y cansina que coronaba un pequeño cerro, y con una voz de fatigada impaciencia anunció que la próxima salida era a las ocho de la mañana.

—Las salidas son a las seis y media, a las ocho, a las...

—Pero yo llamé ayer y me dijeron que el bus salía a esta hora.

—Las salidas son a las seis y media, a las ocho, a las...

Compré el tiquete para las ocho y me senté al lado del hombre de la caja, quien, sin perder su actitud respetuosa y sumisa, me daba a entender con singulares miradas de sus ojos pequeños que se había enterado de todo aquel asunto de los horarios mal entendidos.

—A mí también me ha pasado —dijo en algún momento, pero yo ya había establecido que no íbamos a hablar de nada durante la espera.

—Sí, a veces pasa —dije apenas, sacando de mi maletín unas hojas que, arrugadas, contenían el último cuento de Nacho, un amigo escritor que se solazaba agobiándome con la revisión de sus creaciones.

Faltando diez minutos para las ocho apareció un hombre gordo, vestido con la versión masculina del uniforme de las rayas rojas con corbata, y a grandes voces que parecían seguir una partitura mil veces ejecutada anunció la salida del bus. Pasamos por una puerta estrecha donde otro uniformado —este gigantesco— nos recibía los tiquetes y los agujereaba con una perforadora con aspecto de llavero. Mientras subía al bus imaginé una fábrica de perforadoras de ese tipo, y se me ocurrió que no podía haber nada más estúpido en el mundo: un hangar gigante donde cien personas vestidas con batas blancas ensayaban las perforadoras recién hechas sobre papelitos rosados prolijamente dispuestos para el caso. Sin embargo, casi inmediatamente, recordé la naturaleza risible y gris de mi viaje: iba a someterme a un recorrido de más de dos horas, hasta una tierra nunca hollada por mí, y solo para que tres maestros en una escuela ignota llenaran un formulario que, a lo sumo, iba a ocuparlos durante veinte minutos. Imaginé con amargura que ese mismo medio día, a la hora del almuerzo, don William, divertido y sarcástico,

iba a conversar con su hija psicóloga acerca de la clase de tonterías que hacen los universitarios de hoy para ganarse la vida; era seguro que iba a decir, en algún momento, que él llevaba treinta años manejando taxi y sí sabía qué era trabajar.

El bus –un pullman destartado y decorado con cortinas y encajes de pésimo gusto– era conducido por un hombre que, salvo por los galones que llevaba sobre los hombros, bien podía decirse que era la exacta réplica del gordo que nos había invitado a abordar. A las ocho en punto hizo girar las llaves y sacó el coche por entre una confusión de busetas ejecutivas y otros vehículos para llevarlo hasta la salida de la terminal. Éramos menos de quince los pasajeros, y yo ocupaba la silla número diez, justo en una de las ventanillas del ala del chofer. Mascaba chicle y ya no leía nada, pues recientemente un optómetra había logrado asustarme con macabras historias de miopes indolentes a quienes se les desprendía la retina por obstinarse en leer en un vehículo en pleno movimiento.

En general, el viaje se dio con la normalidad que permitían prever años y años de rodaje hacia el municipio de la gran piedra sin más incidentes que esporádicos abordajes de corsarios de las carreteras y una que otra escaramuza de retén guerrillero; es decir: finalmente no pasó nada, por más que hubiéramos estado esperando el asalto en cualquier momento. A eso llamo normalidad.

El bus, con evidentes achaques pero en todo caso animoso, corrió por la autopista con la misma serenidad que Joseph Conrad le atribuye a un vapor que, con la pachorra de un escarabajo, avanzaba por el río Congo. Las breves incomodidades correspondieron a asuntos decididamente banales, como ventanas atascadas que no ofrecieron resis-

tencia al hedor plutónico del relleno sanitario de Rodas –paraíso de gallinazos que reinan sobre montes de la más versátil putrefacción–, ráfagas intermitentes de exudaciones campesinas –todos en el bus parecían retornar a Guatapé; yo era el único con apariencia de explorador ciudadano, y por ello había merecido, hasta antes de cruzar el túnel de Guarne, todo tipo de escrutinios curiosos– y, finalmente, el dedo insolente que el ayudante del bus me hundió en las costillas flotantes para despertarme de mi único y breve sueño –entre las partidas para San Vicente y la entrada a Rionegro–, con el fin de que le entregara la parte del tiquete que había sobrevivido a la voracidad de la perforadora.

—Parcerito, es que necesito este pedazo para llevárselo al patrón –le dije al ayudante.

—No, para eso tiene que ir a la oficina en Guatapé y pedir un recibo –contestó él, ceñudo, y usando los ademanes propios de un profesor impaciente ante la estupidez de un niño medroso que no acaba por entender nada, me arrancó el papel de las manos y siguió por el destartado pasillo del bus.

Quando el vehículo dejó atrás el incongruente poblado de El Peñol, ya sabía yo que la famosa piedra acechaba en la cercanía de alguna vuelta de la carretera; así, con feliz nerviosismo, me preparé para contemplar por primera vez esa famosa extravagancia mineral, que años atrás había despreciado al no querer tomar parte –yo era entonces un adolescente brioso y rebelde– en un paseo familiar a esa región de atracciones y agua en abundancia. Lo primero que vi fue –después de que el bus remontara una pequeña loma– la cima azulada de la piedra, un tanto lejana aún, coronada por una suerte de torre de control, construida por sugerencia de algún empresario turístico de mal gusto.

Unos minutos después la piedra apareció completa a mi vista, ocupando, más o menos, el diez por ciento del espacio enmarcado por mis lentes. Pronto, sin embargo, las colinas en que se hundía la carretera ocultaron el paisaje lejano, y no tuve más remedio que entretenerme repasando la imagen que había quedado en mis ojos. En algún momento, cuando menos lo esperaba –acaso había asumido con demasiada entrega esa revisión de mis archivos mentales–, al levantar la mirada por alguna aguijada del instinto, descubrí que el bus avanzaba, humilde y –quizás– temeroso, al pie de una monstruosa masa oscura que obstruía un sector enorme de mi campo visual. Muda y gigante, rayado el negro de su piel con las vetas grisáceas de pacientes sudoraciones minerales, el lomo vestido de musgajes testarudos, la piedra se alzaba majestuosa como un dios malvado que solo por despectiva condescendencia eligiera no destruir el miserable mundo que encerraban las oscilantes paredes de nuestro bus. Yo, inmovilizado entre la fruición y el sobrecogimiento, no pude formar ningún pensamiento hasta que, mucho más allá, el vehículo dejó atrás al coloso para pisar los umbrales de Guatapé. Entonces una frase se impuso en mi cabeza: “La piedra que crece”.

En el pueblo, al bajarme de la chirriante carroza, olvidada por completo –con razón– la historia del recibo, me encaminé hacia una estación de policía para preguntar dónde quedaba la escuela que debía visitar. En una estrecha caseta prefabricada se aburrían dos policías; uno, gordo y moreno, cabeceaba con el fusil apoyado sobre los muslos, mientras que el otro, también moreno pero de contextura modesta, miraba melancólico el brazo de la laguna que se lograba distinguir por entre las casas.

—Disculpe, señor agente, ¿usted me puede decir dónde queda la Concentración Educativa Crisanto Trejos? —pregunté al que no dormía.

—¿La Crisanto? Ah, mire.... Se va por... ¿usted ve esa calle que va a salir a mitad de cuadra?

—Sí.

—Pues coja por ahí y siga derecho hasta que se acaben las casas, y después de ahí siga caminando derecho, pero derecho derecho, hasta que llegue a la Crisanto —explicó solícito, y agregó, acaso adivinando parte del desconcierto que me producía tan maratónica explicación—: Tranquilo que no se pierda porque en la puerta dice el nombre con letras grandes.

Inmediatamente el policía pronunció la última sílaba, el gordo abrió los ojos, que ya estaban dirigidos hacia mí, y con voz enérgica que permitía conjeturar que su hipotético sueño no había sido más que una impostura, me preguntó con hostil urgencia:

—¿Y usted qué va a hacer allá?

El otro, sacudido como yo por la intempestiva sospecha del gordo, me miró indeciso y, balbuciendo, intentó por mí —en un principio me supuso turista— una explicación que hizo convincente solo cuando, apoyado en el descubrimiento del exagerado grosor de mis lentes, pudo acomodar mi perfil en una figura que le resultó más verosímil para un martes de septiembre a las diez y media de la mañana:

—Es que... Es que el señor es un profesor, ¿cierto?

—Sí —dije, en parte para acabar con la incómoda situación, en parte por ocultar el verdadero y ridículo motivo de un viaje de muchos kilómetros que apenas debía llevarme a una escuela miserable donde, a buen seguro, se me concedería la pírrica importancia que merece un encuestador inofensivo.

El rumbo que seguí desde la plaza principal me llevó por entre bloques de casas vistosamente pintadas, algunas de ellas adornadas con faroles, asentadas sobre una calle escrupulosamente limpia que era transitada por muchachos recién bañados y mujeres maduras vestidas con ropa a la vez sobria e informal, donde para nada se insinuaba un sabor provinciano; parecía como si el pasado auge turístico, borrado tras las nubes de pólvora de las incursiones guerrilleras y paramilitares, hubiera dejado en esas manzanas unos remanentes de cosmopolitismo que impedían que esa cotidianidad se redujera a ser enteramente rústica.

Medio kilómetro más allá, fuera del casco urbano, al otro lado de un enorme prado verdísimo donde algunas garzas y muchas vacas pacían con serenidad, una casa vieja y a punto de desmoronarse se adornaba con una lata abollada donde, entre dos logotipos de Colombiana, en irregulares letras negras, se leía: “Concentración Educativa Monseñor Crisanto Trejos”. Con amargura y sonrojo pensé que ese rancho inmundo, y no la piedra, era la cúspide de mi viaje.

Más allá del portón, en una especie de zaguán penumbroso donde tres velas iluminaban una tétrica Virgen que parecía morir de frío —tenía las manos recogidas contra el pecho—, una viejecita sentada a una mesa de madera tecleaba sobre una máquina de escribir, por más improbable que resultara distinguir una letra dentro de semejante boca de lobo.

—Buenas —saludé.

—Buenas joven, a la orden —contestó la anciana mientras se acomodaba dentro de un holgado saco de lana.

—Vea, es que yo vengo a aplicar una encuesta...

—¿Una encuesta? —interrumpió ella, pero movida más por un curioso entusiasmo que porque mi aclaración le pareciera extraña.